

CAPÍTULO 1

Observaciones generales sobre los cuadrúpedos

Cuando cierro los ojos veo Tyneford House. En la oscuridad, al tumbarme a dormir, veo la fachada de piedra de Purbeck en el resplandor de última hora de la tarde. La luz del sol destella en las ventanas de arriba, y el aire está cargado de un aroma de magnolia y sal. La hiedra trepa por la arcada del porche, y una urraca picotea el líquen que cubre las losas de piedra caliza del suelo. Despide humo una de las grandes chimeneas, y las hojas de la avenida de tilos sin cortar tienen un verde de mayo y sus sombras hacen dibujos en el camino de entrada. Todavía no hay hierbas que asomen en las hileras de lavanda y tomillo, y el césped es terciopelo segado que se extiende en tiras muy verdes. No hay marcas de disparos agujereando el antiguo muro del jardín, y las ventanas del salón están abiertas de par en par; los cristales no están destrozados por los bombardeos. Veo la casa como era entonces, aquella primera tarde.

No se ve a nadie. Oigo el tintineo de la bandeja con copas que están preparando; en la terraza un jarrón con camelias rosas está encima de la mesa. Y en la bahía, las barcas de pesca se balancean con la marea, las redes totalmente extendidas, el chapoteo del agua contra la madera. Todavía no nos hemos exiliado. Las casas de campo no están en ruinas caídas entre los guijarros de la playa, ni crecen avellanos y espinos entre las

losas de las casas del pueblo. En Tyneford no nos hemos rendido a los cañones y tanques, aves y fantasmas.

Me doy cuenta de que últimamente olvido cada vez más cosas. Hasta ahora ninguna muy importante. Estaba hablando hace un momento por teléfono y en cuanto colgué el auricular me di cuenta de que había olvidado de qué tratábamos y lo que dijimos. Es probable que lo recuerde más tarde, cuando esté tumbada en el baño. También he olvidado otras cosas: ya no tengo en la punta de la lengua los nombres de los pájaros y me da vergüenza decir que no consigo recordar dónde planté los bulbos de narcisos para la primavera. Y con todo, mientras los años se llevan todo lo demás, Tyneford ahí sigue: un guijarro pulido en el recuerdo. Tyneford, Tyneford. Como si el que diga el nombre pudiera hacerlo regresar. Aquellos veranos eran largos, azules y tórridos. Recuerdo todo eso, o creo que lo recuerdo. No parece tan lejano en el tiempo. He reproducido mentalmente con tanta frecuencia cada momento que llevo a oír mi propia voz en todas partes. Ahora, cuando escribo sobre ellos, parecen fijos, absolutos. Volvemos a vivir en la página, jóvenes e inconscientes, con todo por delante.

Cuando recibí la carta que me trajo a Tyneford, yo no sabía nada de Inglaterra, con excepción de que no me gustaría. Aquella mañana estaba subida en mi sitio habitual al lado del escurrerplatos de la cocina mientras Hildegard iba y venía afanosa de un sitio a otro, con harina hasta los codos y una ceja blanca como de nieve. Me reí y ella me tiró el paño del té, arrancándome la corteza de pan de la mano, que cayó al suelo.

—Ya está bien. Un poco menos de pan y mantequilla no te sentará nada mal.

Fruncí el ceño y dejé caer migas al linóleo. Tuve ganas de ser más como mi madre, Anna. Las preocupaciones habían adelgazado a Anna. Tenía unos ojos enormes en aquella piel tan pálida, así que se parecía más que nunca a las heroínas de las óperas que interpretaba. Anna ya era una estrella cuando se casó con mi padre: una auténtica belleza de ojos oscu-

ros con una voz como bombones de cereza. Era lo mejor de lo mejor; en cuanto abría la boca y empezaba a cantar, el tiempo se detenía un instante y todos escuchaban, envueltos por el sonido, inseguros de si lo que oían era de verdad o algo perfecto que imaginaban. Cuando se iniciaron los problemas, empezaron a llegar cartas de Venecia y París, de tenores y directores de orquesta. Incluso hubo una de un contrabajo. Todas eran iguales: *Querida Anna: márchate de Viena y ven a París/Londres/Nueva York y haré que estés segura...* Claro, ella no quería irse sin mi padre. Ni sin mí. Ni sin Margot. Yo me habría ido en un pis pas, guardado mis vestidos de baile (si hubiera tenido alguno) y huido a beber champán en los Campos Elíseos. Pero para mí no llegaban cartas. Ni siquiera una nota de un segundo violín. De modo que tomaba pan y mantequilla mientras Hildegard cosía pequeños trozos de elástico a la cinturilla.

—Ven. —Hildegard me bajó de la encimera y me llevó al centro de la cocina, donde un libro muy grande manchado de harina reposaba encima de una mesa—. Tienes que aprender. ¿Qué vamos a preparar?

Anna lo había conseguido en una librería de segunda mano y me lo había regalado con gesto de orgullo. *El cuidado del hogar*, de la señora Beeton; un libro que pesaba un kilo y me enseñaría a cocinar, limpiar y hacer lo que es debido. Algo que iba a ser mi nada atractivo destino.

Mordisqueaba mi panecillo y di un codazo al tomo de modo que éste quedó abierto por el índice.

—*Observaciones generales sobre los cuadrúpedos... Réplica de la sopa de tortuga... Pastel de anguila.* —Me estremecí—. Mira —señalé una entrada de la parte inferior de la página—. Pavo. Debería aprender a preparar el pavo. Dije que sabía.

Un mes antes, Anna me había acompañado a las oficinas de telégrafos para que yo pudiera mandar un telegrama con una «Solicitud de refugio» al *Times*, de Londres. Fui arrastrando los pies por la acera, y daba patadas a los montones mojados de flores que ensuciaban el suelo.

—Yo no quiero ir a Inglaterra. Iré a América contigo y papá.

Mis padres tenían la esperanza de huir a Nueva York, donde la Metropolitan Opera les ayudaría con los visados, sólo si Anna cantaba.

Anna anduvo más despacio.

—Y vendrás. Pero ahora no podemos conseguirte un visado americano. —Se detuvo en mitad de la calle y me agarró la cara con las manos—. Te prometo que antes incluso de ir a echarle una ojeada a los zapatos de Bergdorf Goodman's me pasaré por un abogado para que te traiga a Nueva York.

—¿Antes de que veas los zapatos de Bergdorf's?

—Lo prometo.

Anna tenía unos pies pequeños y le gustaban muchísimo los zapatos. La música había sido su primer amor, pero los zapatos eran sin duda el segundo. Su armario ropero estaba lleno de hileras de modelos exquisitos de tacón alto en rosa, gris, charol, piel de becerro y gamuza. Se burlaba de sí misma para tranquilizarme.

—Por favor, déjame que le eche una última mirada a tu solicitud —suplicó Anna. Antes de conocer a mi padre, Anna había cantado una temporada en el Covent Garden y su inglés era casi perfecto.

—No. —Le quité el papel—. Si mi inglés es tan espantoso que sólo consigo encontrar un puesto en un albergue para indigentes, será por culpa mía.

Anna hizo esfuerzos por no reír.

—Cariño, ¿sabes siquiera lo que es un albergue para indigentes?

Naturalmente yo no tenía ni idea, pero no se lo podía decir a Anna. Tenía visiones de refugiados como yo, que se desmayaban por turno en sofás demasiado mullidos. Dominada por la indignación ante su broma, hice que Anna esperase fuera de la oficina mientras mandaba el telegrama.

JUDÍA VIENESA, 19 años, busca trabajo en el servicio doméstico. Habla inglés con soltura. Prepararé su pavo. Elise Landau. Viena 4, Dorotheegasse, 30/5.

Hildegard me miró con dureza:

—Elise Rosa Landau, resulta que en mi despensa esta mañana no hay ningún pavo, de modo que haz el favor de elegir otra cosa.

Estaba a punto de decidirme por pastel de papagayo, simplemente para poner furiosa a Hildegard, cuando Anna y Julian entraron en la cocina. Él tenía una carta en la mano. Mi padre, Julian, era un hombre alto, llegaba al metro ochenta descalzo, con un espeso pelo negro apenas vetado de gris en torno a las sienes, y ojos azules como un mar en verano. Mis padres eran la demostración de que unas personas guapas no producen necesariamente hijos guapos. Mi madre, con su frágil encanto de rubia, y Julian, tan guapo que siempre llevaba puestas sus gafas de montura metálica para disminuir el efecto de aquellos ojos demasiado azules (me las había probado cuando él estaba en el baño y había constatado que tenían tan poca graduación que casi eran cristales transparentes). Sin embargo, por lo que fuera, aquella pareja me había dado el ser. Durante años las tías abuelas habían asegurado:

—*Ach*, ¡espera a que se desarrolle! Doce años, toma nota de mis palabras, y será la viva imagen de su madre.

Me desarrollé, pero no me parecía nada a mi madre. Llegaron los doce años y pasaron. Ellas esperaron hasta los dieciséis. Seguía sin desarrollarme. A los diecinueve hasta Gabrielle, la más optimista de mis tías abuelas, perdió toda esperanza. Lo mejor que pudieron decir fue:

—Tiene un encanto propio. Y su carácter.

Si ese carácter era bueno o malo, nunca lo dijeron.

Anna se mantenía detrás de Julian, parpadeando y pasándose la punta rosa de la lengua por el labio inferior. Yo estaba quieta y concentrada en la carta que tenía en la mano Julian.

—Es de Inglaterra —dijo éste, tendiéndomela.

Se la quité y con una lentitud intencionada, muy consciente de que todos me estaban mirando, pasé un cuchillo para la mantequilla por debajo del lacre. Extraje una hoja de papel crema de filigrana, la desplegué

y alisé los dobleces. La leí despacio, en silencio. Los demás soportaron mi lentitud un momento, y entonces intervino Julian.

—Por el amor de Dios, Elise. ¿Qué dice?

Lo miré fijamente. Por entonces yo miraba mucho fijamente. Él me ignoró, y leí en voz alta.

Querida Fraulein Landau:

El señor Rivers me ha dado instrucciones de que le escriba para decirle que el puesto de doncella en Tyneford House es suyo si lo desea. Está de acuerdo en firmar la solicitud de visado necesaria, en el supuesto de que usted se quede en Tyneford durante un mínimo de doce meses. Si desea aceptar el puesto, por favor escriba o envíe un telegrama respondiendo. A su llegada a Londres, dirijase a la Agencia Mayfair, en la calle Audely, W 1, donde se harán los correspondientes preparativos para el viaje a Tyneford.

Atentamente,

Florence Ellsworth,

ama de llaves de Tyneford House.

Dejé la carta.

—Pero doce meses es demasiado tiempo. Entonces no voy a estar en Nueva York antes, papá.

Julian y Anna se miraron, y fue ella la que contestó.

—Lis, cariño, espero que estés en Nueva York dentro de seis meses. Pero por ahora, debes ir adonde estés segura.

Julian me tiró de la trenza con un gesto travieso de cariño.

—Nosotros no podremos ir a Nueva York hasta que sepamos que tú estás fuera de peligro. En cuanto lleguemos al Metropolitan, mandaremos a buscarte.

—Supongo que es demasiado tarde para que reciba clases de canto, ¿no?

Anna se limitó a sonreír. Por tanto era cierto. Me iba a separar de ellos. Hasta aquel momento la cosa no había sido real. Había escrito el telegrama, incluso había teleografiado a Londres, pero la cosa parecía un juego. Sabía que las cosas no nos iban bien en Viena. Había oído historias de viejas a las que habían sacado de tiendas tirándoles del pelo y luego obligado a fregar la acera. A Frau Goldschmidt la habían obligado a limpiar cagadas de perro de los bordillos con su estola de visón. Yo había oído cómo se lo contaba a Anna; estaba encogida en el sofá del salón, con la taza de porcelana temblándole en la mano, mientras explicaba por lo que había pasado:

—*Lo gracioso es que nunca me gustaron esas pieles. Fueron un regalo de Herman, y me las ponía porque a él le gustaba. Daban demasiado calor y eran del color de su madre, no del mío. Nunca se llegó a enterar... Pero estropearlas de aquel modo...*

Parecía más molesta porque se echaran a perder que por la humillación. Antes de que se fuera, vi que Anna metía en silencio una bufanda de conejo del Ártico dentro de su bolsa de la compra.

Pruebas de que los tiempos eran difíciles abundaban en nuestra casa. Había arañazos en el suelo de la enorme sala de estar donde estaba el piano de cola de Anna. Valía casi dos mil *schillings*, regalo de uno de los directores de orquesta de La Scala. Lo habían traído una primavera, antes de que hubiéramos nacido Margot y yo, pero todos sabíamos que a Julian no le gustaba tener aquel trasto de un antiguo amante en su casa. Lo habían subido con una polea hasta la ventana del comedor, cuyos cristales habían tenido que quitar para la ocasión... Cuánto nos hubiera gustado a Margot y a mí haber asistido al espectáculo del piano de cola por los aires. A veces, cuando Julian y Anna tenían una de sus infrecuentes discusiones, él murmuraba:

—¿Por qué no puedes tener una caja con cartas de amor o un álbum con fotografías como cualquier otra mujer? ¿Por qué un maldito piano de cola? Un hombre no debería restregarle su pasión de ese modo a un rival.

Anna, tan amable en casi todo, era implacable en cuestiones de música. Se cruzaba de brazos, permanecía inmóvil, parada junto a aquel mamotreto, y decía:

—A no ser que quieras gastar dos mil *schillings* en otro piano y volver a destrozar el comedor, éste se queda.

Y allí se quedó, hasta que un día, cuando volví a casa de hacer un recado innecesario para Anna, descubrí que no estaba. Había arañazos por todo el suelo de parqué, y desde una casa cercana oí el espantoso teclear de alguien sin talento que empezaba a aprender a tocar. Anna había vendido su adorado piano a una mujer de la casa de al lado por una parte miserable de su valor. Por la tarde, a las seis, oíamos el resonar de las interminables y torpes escalas, cuando al hijo con acné de nuestra vecina le obligaban a ensayar. Yo imaginaba que el piano quería entonar un lamento ante lo mal que lo trataban y añoraba las manos de Anna, pero estaba condenado a la fealdad. Sus sonoros tonos oscuros en otro tiempo se mezclaban con la voz de Anna, como la leche con el café. Después de la desaparición del piano, todas las tardes a las seis Anna siempre encontraba un motivo para irse de casa: se había olvidado de comprar de patatas (aunque la despensa estaba llena de ellas), había que echar una carta, le había prometido llevarle maíz a Frau Finkelstein.

A pesar de la desaparición del piano, las pieles echadas a perder, los cuadros que faltaban en las paredes, la expulsión de Margot del conservatorio por motivos raciales y la lenta despedida de las criadas más jóvenes, por lo que sólo quedaba la anciana Hildegard, hasta aquel momento yo nunca había pensado en realidad que tendría que irme de Viena. Adoraba la ciudad, formaba parte de mi familia tanto como Anna o las tías abuelas Gretta, Gerda y Gabrielle. Era indudable, no dejaban de pasar cosas raras, pero a los diecinueve años nunca antes me había pasado nada terrible de verdad y, dotada de una visión del futuro propia de un alma optimista, en realidad creía que todo termi-

naría por arreglarse. De pie en la cocina, cuando alcé la vista hacia la cara de Julian y me encontré con su triste sonrisa, comprendí por primera vez en mi vida que no todo iba a salir bien, que las cosas no mejorarían. Debía marcharme de Austria y separarme de Anna y de la casa de Dorotheegasse, con sus altas ventanas de guillotina que daban a los álamos que brillaban con un fuego rosado cuando el sol asomaba por detrás, y del chico de la tienda que venía todos los martes gritando:

—¡Eis! ¡Eis!

Y de las cortinas de damasco de mi dormitorio que nunca cerraba para así ver el resplandor amarillo de las farolas de la calle y las luces de los tranvías allí debajo. Debía dejar los tulipanes escarlata de abril del parque, y los vestidos blancos que giraban en el baile de la ópera, y los guantes que ovacionaban cuando cantaba Anna, y a Julian secándose las lágrimas de orgullo con su pañuelo bordado, y los helados a medianoche en la terraza durante el mes de agosto, y a Margot y a mí tomando el sol en tumbonas a rayas en el parque mientras escuchábamos las trompetas del quiosco de la música, y la cena quemada de Margot, y a Robert riéndose y diciendo que eso no importaba, y tomar manzanas y queso en su lugar, y a Anna enseñándome a ponerme medias de seda sin hacerles carreras, y...

—Y siéntate, toma un poco de agua.

Anna me puso un vaso delante mientras Julian me acercaba una silla de madera por detrás. Hasta Hildegard parecía moverse sin sentido.

—Te tienes que ir —dijo Anna.

—Ya lo sé —contesté yo, dándome cuenta al decirlo de que mi hermosa y prolongada infancia llegaba a su final. Miré fijamente a Anna con una sensación estremecedora de que el tiempo subía y bajaba como un balancín. Fijé en la memoria todos los detalles: la pequeña arruga del centro de su frente que aparecía cuando estaba preocupada; Julian a su lado, con la mano sobre su hombro; la seda gris de su

blusa. Los azulejos azules detrás del fregadero. Hildegard estrujando su bayeta.

Aquella Elise, la chica que yo era entonces, me declararía cosa del pasado, pero se equivocaba. Yo todavía soy aquella Elise. Todavía estoy de pie en la cocina con la carta en la mano, mirando a los demás... y esperando... y sabiendo que todo debe cambiar.

CAPÍTULO 2

En la bañera, cantando

Los recuerdos no existen de acuerdo con una secuencia temporal. En mi cabeza todo sucede a la vez. Anna me da un beso de buenas noches y me arroja en mi elevada cama, mientras me cepillan el pelo para la boda de Margot, que ahora se celebra en la pradera de Tyneford, y estoy descalza en el césped. Estoy en Viena cuando espero que lleguen sus cartas a Dorset. En estas páginas seguir la cronología exige cierto esfuerzo.

En sueños soy joven. La cara del espejo siempre me sorprende. Me fijo en el fino pelo gris, dispuesto de modo agradable, por supuesto, y en el cansancio bajo los ojos que nunca desaparece. Sé que es mi cara, y sin embargo cuando vuelvo a echar una ojeada al espejo, me sorprendo de nuevo tremendamente. Vaya, pienso, he olvidado que ésa soy yo. En aquellos benditos días en que vivía en el *bel-étage*, yo era la pequeña de la familia. Me consentían todos, Margot, Julian y Anna los que más. Yo era su favorita, su *liebling*, a la que mimaban y adoraban. Carecía de dotes destacables como ellos. No sabía cantar. Era capaz de tocar un poco el piano y la viola, pero en absoluto como Margot, que había heredado todo el talento de nuestra madre. Su marido, Robert, se había enamorado incluso antes de hablar con ella, cuando la oyó to-

car a la viola *Imágenes de cuento de hadas*, de Schumann. Dijo que la música que interpretaba le traía imágenes de relámpagos, trigales estremecidos por la lluvia y chicas con pelo azul marino. Dijo que antes nunca había visto con los ojos de otra persona. Margot decidió enamorarse de él también y se casaron al mes y medio. Todo había resultado escalofriante y yo debería haberme sentido insoportablemente celosa si no fuera por el hecho de que Robert carecía de cualquier sentido del humor. No se rió ni una vez con ninguno de mis chistes —ni siquiera con el del rabino, la silla de comedor y la nuez—, porque sin duda era un estúpido. La posibilidad de que un hombre enloqueciera con mi talento musical era extremadamente improbable, pero necesitaba que se riera.

Yo tenía idea de ser escritora, como Julian, pero, a diferencia de él, nunca había escrito más que una lista de los chicos que me gustaban. Una vez que vi a Hildegard envolver salchichas en hojas de col con sus gruesos dedos enrojecidos, decidí que eso sería un tema adecuado para un poema. Pero no fui más allá de esa idea. Yo estaba un poco gorda mientras que los demás eran delgados. Yo tenía los tobillos gruesos, y ellos, unos huesos delicados y pómulos altos, y lo único bonito que había heredado era el pelo negro de Julian, que me colgaba en una trenza como una pitón hasta los calzones. Pero de todos modos me querían. Anna consentía mi carácter infantil y me dejaba que fuera a encerrarme corriendo en mi habitación y llorara con cuentos de hadas para los que era demasiado mayor. Mi interminable infancia hacía que Anna se sintiera joven. Con una hija tan añorada como yo, ella no reconocía sus cuarenta y cinco años, ni siquiera para sí misma.

Todo eso cambió con la carta. Debería partir hacia el mundo sola, y por fin debería hacerme mayor. Los demás me trataban igual que antes, pero lo hacían de modo afectado, como si supieran que estaba enferma pero tuvieran mucho cuidado de que su comportamiento no lo demostrase. Anna seguía sonriendo benévola ante mi estado de ánimo

abatido, y me daba el trozo de tarta más grande y echaba en mi baño sus mejores sales con olor a lavanda. Margot iniciaba discusiones y se llevaba libros prestados sin preguntar, pero yo me daba cuenta de que sólo lo hacía por aparentar. Lo hacía sin ganas, y se llevaba libros que ya sabía que yo había leído. Sólo Hildegard se mostraba distinta. Dejó de reñirme, y posiblemente cuando era más urgente, ya no me presionaba con la señora Beeton. Me llamaba «Fraulein Elise» cuando yo había sido simplemente «Elise» o «la cruz de mi vida», desde que tenía dos años. Aquella repentina formalidad no se debía a ningún respeto hacia una dignidad recién adquirida por mi parte. Era pena. Supuse que Hildegard quería hacer patente cada aspecto de mi categoría y situación social durante aquellas últimas semanas, pues sabía cómo me iba a sentir yo debido a la humillación de los meses por llegar, pero yo quería que me llamase Elise, me riñera y amenazara con echarme más sal en la sopa. Dejaba migas de galleta en la mesilla de noche desobedeciendo claramente las órdenes de no tomar galletas en el dormitorio, pero ella no decía nada, solo me hacía una mínima reverencia (cómo me reconcomía por dentro) y se retiraba a la cocina con expresión dolida.

Los días fueron transcurriendo, y yo notaba que pasaban cada vez más rápido, como los caballos de colores de un carrusel. Yo quería que el tiempo fuera más despacio, y me concentraba en el tictac del reloj del vestíbulo e intentaba alargar el silencio entre los latidos incansables de la segunda manecilla. Por supuesto no funcionó. Mi visado llegó por correo. El reloj hacía tictac. Anna me llevó a recoger el pasaporte. Tictac. Julian fue a otra oficina a pagar mis impuestos de salida y a su vuelta desapareció dentro de su estudio sin decir palabra y con un decantador de borgoña. Tictac. Yo llené mis baúles para el viaje con montones de medias de seda, mientras Hildegard les ponía bolsillos secretos a todos mis vestidos para esconder las cosas valiosas prohibidas, cosiendo finas cadenas de oro en las costuras. Anna y Margot me

acompañaron a tomar café con las tías, para que así pudiera comer pasteles y despedirme y decirnos que nos volveríamos a ver pronto cuando todo esto terminara fuera como fuese. Tictac. Intenté quedarme despierta toda la noche para que así la mañana llegara más despacio y disfrutara de más momentos deliciosos en Viena. Me quedaba dormida. Tictac, tictac, y pasaba otro día. Quité las fotos de la pared de mi dormitorio y pasé un cuchillo por debajo del papel pintado, poniendo el grabado del palacio Belvedere en la tapa de mi baúl, los programas firmados del Baile de la Ópera y mis fotografías de la boda de Margot; yo y mi vestido de muselina con un bordado de hojas, Julian con corbata blanca y chaqué, y Anna de negro para que no pudiera eclipsar a la novia y resultara más guapa que cualquiera de nosotras. Tictac. Mi equipaje estaba en el vestíbulo. Tictac, tictac. Mi última noche en Viena. El reloj del vestíbulo dio la hora: las seis, hora de vestirse para la fiesta.

En lugar de ir a mi dormitorio, entré en el estudio de Julian. Él estaba en su escritorio garabateando algo, la pluma agarrada con la mano izquierda. Yo no sabía qué estaba escribiendo; en Viena nadie volvería a publicar sus novelas. Me pregunté si escribiría su siguiente novela en americano.

—Papá.

—Sí, Lis.

—Promete que mandarás a buscarme en cuanto llegues.

Julian dejó de escribir y se reclinó en su silla. Me subió a su regazo, como si tuviera nueve años en lugar de diecinueve, y me estrechó, enterrando su cara en mi pelo. Olí el limpio aroma de su jabón de afeitarse y de humo de puro, que siempre permanecía unido a su piel. Cuando apoyé la barbilla en su hombro, vi que el decantador de borgoña estaba encima de su escritorio, una vez más vacío.

—No me olvidaré de ti, Lis —dijo, con su voz apagada por la maraña de mi pelo. Me abrazó con tanta fuerza que me sonaron las costi-

llas, y luego con un leve suspiro, me soltó—. Necesito que hagas algo por mí, amor mío.

Me bajé de su regazo y le vi dirigirse a la esquina de la habitación donde estaba el estuche de una viola, apoyado en la pared más alejada. Lo agarró y lo dejó encima del escritorio, abriéndolo con un chasquido.

—¿Te acuerdas de esta viola?

—Claro que sí.

Había recibido mis primeras clases de música con aquella viola de palisandro, y aprendí a tocarla antes que Margot. Ésta recibía lecciones en el piano de cola del salón mientras yo me quedaba en esta habitación (un estímulo para animarme a practicar) y la viola chirriaba. Incluso llegó a gustarme tocar, hasta el día en que Margot se introdujo en el estudio de Julian y la agarró. Pasó el arco por las cuerdas y el instrumento adquirió vida. El palisandro cantó por primera vez, una música que surgía de las cuerdas con tan poco esfuerzo como el viento que hacía que el Danubio se ondulara. Todos nos acercamos a escuchar, oyendo la viola como si fuera el canto de una sirena: Anna agarrada al brazo de Julian, con los ojos húmedos y brillantes; Hildegard, secándose los ojos con el mandil, y yo, al acecho en el umbral de la puerta, sobrecogida y con tanta envidia que me puse mala. Al cabo de un mes llamaron a todos los mejores profesores de música de Viena para que enseñasen a tocar a mi hermana. Yo nunca volví a tocar.

—Quiero que la llesves a Inglaterra contigo —dijo Julian.

—Pero yo ya no la toco. Y de todos modos, es de Margot.

Julian negó con la cabeza.

—Margot lleva años sin usar esta antigualla. Y además, no se puede tocar. —Me sonrió—. Inténtalo.

Me iba a negar, pero había algo raro en su expresión, de modo que agarré el instrumento. Noté que me pesaba en las manos, un peso curioso. Mirando a mi padre, lo coloqué debajo de la barbilla y pasé lentamente el arco por las cuerdas. El sonido era apagado y extraño, como

si tuviera pegada una especie de sordina debajo del puente. Bajé la viola y miré fijamente a Julian; una sonrisa asomó a sus labios.

—¿Qué hay dentro, papá?

—Una novela. Bueno, una novela mía.

Miré por los agujeros en forma de efe de la viola y me di cuenta de que estaba llena de papel amarillo.

—¿Cómo te las arreglaste para meter ahí esas páginas?

La sonrisa de Julian se hizo más amplia.

—Fui a un lutier. Despegó la parte delantera, yo metí la novela dentro y él la volvió a pegar.

Hablaba con orgullo, contento de confiarme su secreto, y luego la cara volvió a ponérsele seria.

—Quiero que la llesves a Inglaterra, para que esté segura.

Julian siempre hacía duplicados, escribiendo su obra en papel carbón con su pequeña mano agarrutada, de modo que aparecía la sombra de una novela en las páginas de abajo. La parte de arriba escrita en papel blanco de filigrana se la mandaba a su editor, mientras que la copia en carbón en un fino papel amarillo se quedaba en el cajón de su escritorio. A Julian le aterraba perder su trabajo, y el escritorio de caoba tenía un cajón secreto. Nunca antes había dejado que una copia saliera de su estudio.

—Llevaré el manuscrito conmigo a Nueva York. Pero quiero que guardes ese ejemplar en Inglaterra. Por si acaso.

—De acuerdo. Pero te lo devolveré en Nueva York y podrás volver a dejarlo cerrado con llave en tu escritorio.

El reloj del vestíbulo dio la media.

—Tienes que ir a vestirme, pequeña —dijo Julian, dándome un beso en la frente—. Los invitados van a llegar pronto.

Era la primera noche de Pascua, y Anna había decidido que se celebraría una fiesta, con champán y baile, como se hacía antes de los malos

tiempos. Llorar estaba absolutamente prohibido. Margot vino pronto para vestirse y nos sentamos en bata en el gran cuarto de baño de Anna, con la cara sonrosada por el vapor de agua. Anna llenó la bañera de pétalos de rosa y colocó las velas del comedor al lado del espejo del lavabo, como hacía la noche del Baile de la Ópera. Se metió en la bañera, con el pelo recogido en lo alto de la cabeza, los dedos deslizándose por el agua.

—Toca el timbre, Margot. Dile a Hilde que traiga una botella del Laurent-Perrier y tres vasos.

Margot hizo lo que le mandaban, y pronto nos habíamos sentado tomando champán, todas haciendo como que estábamos alegres para contentar a las demás. Di un sorbo y noté que las lágrimas se me agolpaban en la garganta. «*Nada de lloros*», me dije, y tragué. Las burbujas se me atragantaron.

—Ten cuidado con eso —dijo Anna, con una risita, demasiado aguda que revelaba una nota de falsa alegría.

Me pregunté cuántas botellas de vino o champán quedarían. Sabía que Julian había vendido las buenas. Cualquier cosa cara o de valor podría ser confiscada; mejor venderla antes. Margot se abanicó con una revista y, apartándose, se dirigió a la ventana, que abrió para dejar que entrara una bocanada del aire fresco de la noche. Me fijé que el vapor se deslizaba fuera y que el visillo de gasa ondeaba.

—Oye, hálbame del departamento de la Universidad de California —dijo Anna, estirándose dentro de la bañera y cerrando los ojos.

Margot se dejó caer en una mecedora de mimbre y se aflojó la bata revelando un corsé de encaje blanco y unas bragas a juego. Me pregunté lo que pensaría Robert de una ropa interior tan fascinante y al instante me dominó la envidia. Nadie había mostrado el menor interés por verme con algo tan íntimo. Robert podía ser bastante guapo con la luz adecuada, aunque siempre se animaba demasiado cuando hablaba de sus proyectos de ser una estrella en la universidad. Una vez le ofendí seriamente cuando en una fiesta le presenté como «mi cuñado el astrólogo».

go» en lugar de «el astrónomo». Se volvió hacia mí con mirada arrogante, preguntando:

—¿Llevo un pañuelo azul en la cabeza y largos pendientes o preguntas si me tienes que pagar antes de decirte que con Venus en descendente veo un guapo desconocido en tu futuro?

—No, no es eso, pero me gustaría que pudieras verlo —contesté, y en consecuencia él nunca llegó a perdonarme de verdad, lo que fue una pena, porque antes me dejaba dar caladas a su puro.

—Se da por supuesto que la Universidad de Berkeley es muy buena —estaba diciendo Margot—. Saben muchas cosas buenas de Robert. Estarán encantados de que se integre en ella y todo eso.

—¿Y tú? ¿Tocarás? —dijo Anna.

Margot y Anna era iguales; serían pájaros enjaulados si no pudieran dedicarse a la música. Margot encendió un cigarrillo, y vi que le temblaba la mano, aunque sólo un poco.

—Buscaré un cuarteto.

—*Gut. Gut.* —Anna asintió con la cabeza, satisfecha.

Tomé otro sorbo de champán y miré fijamente a mi madre y a mi hermana. Harían amigos en cualquier sitio en el que terminasen. En cualquier ciudad del mundo a la que llegaran, buscarían el grupo de músicos más cercano, y mientras durase la sonata, sinfonía o minué, estarían en casa.

Me fijé en mi hermana, en sus piernas largas y su pelo dorado, igual que Anna, que le caía en mechones húmedos sobre sus hombros descubiertos. Despatarrada en la mecedora de mimbre, con la bata abierta, daba sorbos al champán y caladas a su cigarrillo con estudiado decaimiento. Un poco de sudor se le pegaba a la piel y volvió sus ojos a mí con mirada soñadora.

—Toma, Elsie, da una calada. —Me tendió el cigarrillo, dejándolo oscilar entre los dedos.

Aparté su mano de un golpe.

—No me llames así.

No me gustaba nada que me llamaran Elsie. Era nombre de vieja. Margot se rió, un sonido cantarín, y en ese momento ella tampoco me gustó nada y me alegró marcharme, irme lejos. No me importaba si no la volvía a ver. Me acerqué a la ventana, pues era incapaz de respirar con todo aquel vapor. Aunque hacía mucho calor, me arrebujé en la bata, pues no quería quitármela delante de ellas y enseñar mis grandes bragas blancas y mi sostén de colegiala, ni el pequeño michelín de la cintura.

Notando que podría empezar un enfrentamiento entre Margot y yo, Anna hizo lo único que podría conseguir que parásemos. Se puso a cantar. Avanzada aquella noche, Anna cantó ante todos los invitados, mientras la gargantilla de granates de su cuello temblaba como gotas de sangre, pero el momento que recuerdo es ése. Cuando pienso en Anna, la veo desnuda, tumbada en la bañera, cantando. El sonido llenó la pequeña habitación, más espeso que el vapor, y el agua de la bañera se puso a vibrar. Más que oírla, siento su voz. Los ricos tonos vibrantes de mezzo de Anna estaban en mi interior. En lugar de un aria, cantó la melodía *Für Elise*, una canción sin letra, una canción para mí.

Me apoyé en el marco de la ventana, notando el aire frío en la espalda, con las notas cayendo sobre mi piel como lluvia. Margot derribó la copa sin darse cuenta y el champán se extendió por el suelo. Vi que la puerta se entreabría y Julian se quedó en el umbral mirándonos a las tres y escuchando. Desobedecía la orden que Anna había dado para aquella noche. Estaba llorando.

